

*Aunque «La SAL VISTE LUTO» fué, en su día, comentada, y en estas mismas columnas, por L. d'Andraitx, quisiera también dejar oír mi voz y mi opinión respecto a la novela finalista del Premio «Ciudad de Barcelona». Obra que ha despertado el máximo interés en los círculos literarios de nuestra capital.*

¿Que entendemos hoy por novela tremendista? En el tremendismo los valores humanos son simple vehículo expresivo. Es una inspiración enferma, pigmentada de morbo. Tremendismo, casi sinónimo de folletón. Folletón, es una aberración consciente de los lazos humanos que corren por cauces de la más abyecta vulgaridad, y cuyos valores simplistas son de raíz ininteligible. ¿La novela de nuestros días es en su buena parte tremendista? Este es un interrogante sobre el cual hay opiniones para todos los gustos, por lo tanto, huelga que sobre este particular defendamos una postura sobre la que tanto se ha escrito. Sin embargo, podemos decir, que consideramos que cuando el valor humano de una obra es una concreción consciente y objetiva de una tara generalizada en nuestra sociedad, sería mejor calificarla de novela social.

Después de este inciso, ciñámonos a esta novela de José M.<sup>o</sup> Castillo Navarro, que ha sido la causa de estas consideraciones que llevamos hechas, y cuyo título, rotundo título, es «La Sal viste luto».

El tema de la obra puede resumirse en breves palabras. En las salinas el hombre se esfuerza para encontrar un motivo a su existencia, el instinto se agudiza en este esfuerzo hasta llegar al crimen, acto inmediato de la posesión de la mujer. El hombre huye de su culpa, se solaza en su culpa, se recrea en su culpa, se enorgullece de su culpa, pero al fin le perdonan su crimen, ya no le queda nada, las campanas callan, ¡el hombre se quita la vida! Uno de los pensamientos entrecomillados del libro nos dice: «no son los hombres los que firman los actos, sino estos los que los hacen y determinan». La predestinación asoma en esta frase, la tragedia se eleva rotunda del tema descrito. La prosa, la áspera prosa de Castillo Navarro, hecha de ariscal puntuación, es contrapunto perfecto a esta trama, que roza una mitología ignorada, en un exaltado olimpo de sal y de sufrimiento.

Nuestro pero a la novela es que quizá la figura de Pablo el protagonista, queda a ratos demasiado ilógica en estas continuas consideraciones, que son en definitiva, el eje del que se sirve Castillo Navarro para novelar. Nuestra afirmación puede parecer paradójica, más no hay nada de esto. Es ilógico y a la vez sugerente el ritmo de este novelista. Castillo Navarro para su construcción arranca de la duda y agota las posibilidades de un hecho hasta un límite inquietante, huyendo de la solu-

ción concreta y definida. Otro de los pensamientos de la obra, reza: «el dolor y la desesperación duelen pero no matan. La cobardía y el miedo sobrecogen pero no acaban, lo único que destruye al hombre es la duda...» He ahí la duda, de la que hablábamos. Este pensamiento puesto en la mente de Pablo es una condenación casi a priori, Pablo ha muerto ya desde el momento que por su mente pasa este desolador y atávico concepto de duda. Pablo es un ser incierto, un alma desdoblada constantemente, pero en duda cerrada, dura y prolongada, abocado sólo hacia la certeza final que es la muerte. Veamos otra de sus meditaciones «porqué, ¿qué hay tan doloroso como el vacío? ¿qué tan triste como la tristeza?» Este vacío lo crea la incertidumbre, la duda de todo. Esta tristeza es áspera y seca, ya que Pablo duda incluso de que la tristeza sea triste, y la ve como una pirueta de la nada. ¿Ecos de Faulkner?, quizás. Pero los ecos de sí mismo son profundos y definidores de una recia personalidad de novelista, cuyo mundo, libre de todo prejuicio, y al margen de todo estamento que englobe hechos ordenados por el hombre, asoma en esta novela, cuya vitalidad de léxico y acritud de estilo, la hace destacar como una espléndida realidad en el campo de nuestras letras, y enraiza en un vitalismo, hombre-naturaleza, casi sin precedente hasta ahora entre nosotros.

«Las campanas enmudecieron entonces.

Pablo descansó»

He ahí un final que es la simplicidad misma. Un final que nos lanza al vacío, donde por un momento, te encuentras solo, desolado. La prosa de este novelista, con sus frases concisas y exactas, tiene un aliento social de poeta íntegro que lacera.

Novelista abierto a la naturaleza y a las debilidades congénitas del hombre. Panteísta. El hombre en esta obra es el símbolo ruinoso del titán caído. Es una llaga del Universo que clama a Dios aún sin nombrarlo. Con las palabras de perdón de María, Pablo se queda vacío e inútil. Sin culpabilidad, abandonado a sí mismo, no hay otra conyuntura que el tránsito.

Castillo Navarro nos ha brindado con esta obra, una novela de aquellas cuya lectura es una experiencia más en el mundo complejo del hombre de hoy. No es una novela fácil, de lectura cómoda. En ella se nos presenta al hombre, sus pasiones y su soledad, con la duda de trasfondo, en busca de una definición de vida, por la cual valga la pena que el sol continúe requemándonos y el aire nos traiga continuos ecos de renuncia. En suma, el hombre aparece en esta obra solo en sí mismo, sin prejuicios de clases ni ideologías, ni ningún amaño que desdibuje su trascendencia como hecho absoluto, en el campo valorativo del espíritu.

**Luis Bosch C.**